

**Acto parlamentario en honor
del presidente de la República de Finlandia,
Su Excelencia Don Martti Ahtisaari**

**Intervención del Presidente del Senado, Excmo. Sr.
D. Juan Ignacio Barrero Valverde**

Madrid, Palacio del Senado, 2 de febrero de 1999

Excelentísimo señor presidente de la República de Finlandia:

En nombre de las Cortes Generales de España, me es particularmente grato darle la bienvenida al Senado como máximo representante del noble pueblo de Finlandia, un pueblo al que cada vez nos unen más lazos en estos años finales del siglo XX en los que, conjuntamente, estamos tratando de construir un nuevo proyecto de Europa, un proyecto cooperativo y solidario.

Y lo hago con especial agrado puesto que, como seguramente recordará, ya tuvimos ocasión de saludarnos y conversar en Helsinki, en junio de 1997, con motivo de la Conferencia de presidentes de Parlamentos de los Estados miembros de la Unión Europea, una reunión excelentemente organizada por la señora presidenta del *Eduskunta*, del parlamento finlandés, mi buena amiga **Rita Uosukainen**.

Señor presidente:

En el mundo globalizado hacia el que nos dirigimos a ritmo acelerado, con grandes avances tecnológicos en las comunicaciones, en los transportes, las distancias, como la que separa geográficamente a España de Finlandia, han dejado de tener la trascendencia que tenían en el pasado, lo que permite un contacto más estrecho, más franco, más directo y más próximo entre los pueblos y, por supuesto, entre sus dirigentes.

Este fenómeno tiene un valor especial entre nosotros, los europeos, ciudadanos de un continente con una larga historia de enfrentamientos bélicos, probablemente sin parangón en otras zonas del mundo.

Pero también ciudadanos de naciones que, precisamente o probablemente, por un reconocimiento implícito de ese pasado, están llevando a cabo denodados esfuerzos por establecer las bases que impidan la repetición de esa historia que todos nosotros estamos empeñados en superar.

En 1995, los entonces Doce Estados miembros de la Unión Europea se ampliaron a Quince con la incorporación de Austria y de dos países nórdicos, el suyo, Finlandia, y también Suecia. Con esa incorporación, la Unión ganó no sólo en firmeza, sino como proyecto de futuro, extendiéndose a otras zonas del continente.

De acuerdo con la idea de **Monnet, De Gásperi, Madariaga** y otros, la unidad del continente no es concebible sin la participación de todas sus partes por igual, Finlandia, España y el resto de las naciones sin distinciones, del Atlántico a los Urales. Todos nosotros, los europeos, debemos tener presente permanentemente que la participación equitativa de todos es la única garantía de nuestra estabilidad, de la paz por la que tanto hemos trabajado desde 1945.

Pero he de decir, y aprovecho para ello la presencia de nuestro distinguido invitado, que la contribución finlandesa a ese proyecto puede ser particularmente significativa teniendo en cuenta su trayectoria y la tradicional

política internacional que su país ha puesto en práctica desde el mismo momento de su independencia.

Creo sinceramente, que los europeos no debiéramos olvidar nunca aquella singular aportación finlandesa a la paz europea que constituyó la convocatoria, y celebración efectiva, de la primera Conferencia para la Seguridad y la Cooperación, en Helsinki, en la ya lejana fecha de 1975, encuentro al que siguieron los celebrados en Belgrado en 1978 y en Madrid de 1980 a 1983.

Puede asegurarse que el panorama mundial, dominado por la inquietante atmósfera de la Guerra Fría, experimentó una profunda metamorfosis a partir de entonces, iniciándose una etapa de mayor entendimiento entre el Este y el Oeste, y abriendo el camino a una futura unidad económica y política del continente.

Señor presidente:

Para los españoles, el pasado año de 1998 ha sido ocasión para conmemorar múltiples efemérides. Una de ellas, la del vigésimo aniversario de nuestra Ley de leyes, de la Constitución del consenso, de la concordia y de la libertad, de la consagración de la democracia tras muchas décadas, demasiadas, de dictadura.

Precisamente, quisiera recordar en esta oportunidad que la primera visita

oficial de un jefe de Estado finlandés a España, la que protagonizó su antecesor, el presidente **Urho Kekkonen**, tuvo lugar justo tres días después de la aprobación en referéndum de nuestro texto constitucional, en diciembre de 1978.

Finlandia fue, pues, testigo privilegiado de la alborozada esperanza que sentíamos en aquellos instantes los españoles cuando estrenábamos el fundamento legal de nuestro entendimiento como pueblo y como nación, tanto ante nosotros mismos, como ante el mundo.

También hemos rememorado, en 1998, el centenario de la pérdida de nuestros últimos territorios en ultramar, ese fenómeno histórico que aquí conocemos por el inequívoco término del "desastre". La nación que le recibe en estos días abandonó entonces su dimensión imperial para sumirse en un profundo debate intimista que le llevó a descubrir, paradójicamente, a Europa, merced a grandes autores, algo posteriores, como el ya mencionado Madariaga, **Ortega, Azaña, D'Ors o Julián Marías**.

Del mismo modo, fuimos capaces de hallar la vía por la que debían avanzar nuestras relaciones con los países de nuestra comunidad histórica, con los pueblos y naciones que hablan español y con los que tenemos lazos fraternales que me atrevería a calificar de permanentes e inquebrantables. Unas relaciones nuevas fundamentadas en la igualdad soberana de los Estados iberoamericanos y no ya en la ligazón imperial que nos unía hasta el siglo XIX.

Fueron los componentes de la llamada Generación del 98 quienes, por medio de sus obras, invitaron a sus conciudadanos, al conjunto de España, a ese ejercicio de reflexión interior que, además de los hallazgos a los que me acabo de referir, llegó a aportar, como sabe, un impresionante legado a la literatura universal.

Y, curiosamente, a quien la historiografía y crítica literaria consideran generalmente como el fundador de ese movimiento generacional es a **Ángel Ganivet**, diplomático destinado a finales del siglo XIX en Helsinki, ciudad en la que escribió su primer trabajo de prestigio, *Cartas finlandesas*.

A través de esa importante obra, publicada en 1896 en *El Defensor de Granada*, Ganivet nos relató, con esa "difícil facilidad" que dijo **Boileau**, la realidad pasada y presente del pueblo finlandés.

Así, gracias a Ganivet, los españoles supimos que Finlandia era, y cito textualmente:

"el país mejor gobernado que he visto"; que el poema épico *Kalevala*, "es lo más bello y característico de la literatura nacional"; que su prosperidad "está fundada en la energía de sus habitantes"; que "los finlandeses tienen aptitudes sobresalientes para vivir libres dentro de organizaciones y reglamentaciones"; y que "las mujeres son tan libres como los hombres".

Y me permito subrayar que estas palabras fueron escritas hace más de un siglo.

Señor presidente:

Nuestros países y pueblos cada vez están más próximos. Nos une el interés por construir una Europa integral y solidaria, nuestros anhelos de paz a través de nuestra participación en la Organización para la Seguridad y Cooperación, así como en el Consejo de Europa y en las operaciones para el mantenimiento de la paz de Naciones Unidas.

Pero, sobre todo, nos vinculan esas ansias de libertad a las que se refirió Ganivet y que, en el momento actual, en los albores del Tercer Milenio, deseamos y buscamos extender al resto del mundo.

Creo sinceramente que el proceso de globalización no ha de circunscribirse, única y simplemente, a la economía o al comercio internacionales, sino que también y sobre todo, debe afectar al conjunto de valores que nos hacen más libres, solidarios y democráticos.

Muchas gracias.

Tiene la palabra el presidente de la República de Finlandia, Su Excelencia D. Martti Ahtisaari.